



Kathryn Lomas, *The Rise of Rome. From the Iron Age to the Punic Wars (1000-264 BC)*, (=The Profile History of the Ancient World 3), London, Profile Books, 2017, 405 pp. [ISBN: 978-18-466-8411-1].

The Rise of Rome es una historia de Roma desde los orígenes hasta comienzos del siglo III a.C. Forma parte de la colección *The Profile History of the Ancient World*, de la cual es una de las primeras entregas que ven la luz. La historia de Roma previa a las guerras púnicas ha recibido detenida atención en varias monografías modernas de investigación. La ya clásica de Tim Cornell, *The Beginnings of Rome: Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 BC)* (London, Routledge, 1995) fue traducida al castellano y publicada por la editorial Crítica. Diez años después apareció la de Gary Forsythe, *A Critical History of Early Rome: From Prehistory to the First Punic War* (Berkeley, University of California Press, 2005), que pretendía, como el título indica, revisar los temas clave del período desde una visión más crítica con las fuentes escritas. La presente obra adopta el mismo marco cronológico, aunque difiere de las anteriores en varios aspectos. Por un lado, está destinada a un público más amplio que incluye a no especialistas. Por ello, la autora se detiene menos en los debates existentes sobre aspectos concretos o sobre la interpretación de la documentación —que pueden llegar a ser muy farragosos y poco concluyentes— y, por el contrario, da prioridad a una exposición clara y de síntesis, que no oculta la diversidad de opiniones, pero que incide especialmente en las líneas generales de evolución histórica que pueden constatarse. Con el objetivo de ayudar a estudiantes y no especialistas, el volumen incluye, además, una serie de apéndices de gran utilidad: un cuadro cronológico (pp. 331-333), una presentación de las fuentes existentes (pp. 335-345), un comentario sobre la bibliografía que puede orientar al lector que quiera profundizar más en la investigación sobre el período (pp. 367-374) y, por último, una breve guía de los yacimientos arqueológicos, museos y recursos online disponibles, que invita no solo a ampliar información a través de internet, sino también a conocer en persona los restos materiales que provienen de esta primera fase de la historia de Roma (pp. 375-379).

En relación con este último aspecto el libro presenta otra novedad. Por supuesto, ofrece una actualización del conocimiento arqueológico sobre Roma y sobre el Lacio. Este ha crecido de forma muy significativa en las últimas décadas y ha contribuido así notablemente a reconsiderar las primeras fases de formación de la ciudad. Pero, además, el libro adopta una visión comparativa, dentro del marco geográfico itálico, que permite confrontar la evolución histórica de Roma no solo dentro del Lacio, sino especialmente con otras regiones de las que tenemos un importante conocimiento arqueológico, como Etruria o Campania. Este enfoque contribuye a corregir el romanocentrismo permanente de las fuentes literarias latinas, que en última instancia es el que guía el discurso historiográfico moderno, y de esa forma permite observar Roma a través de su evolución arqueológica como una ciudad itálica más en sus primeros siglos de existencia. La perspectiva resulta sumamente

interesante y esclarecedora, debido en gran medida al amplio conocimiento que la autora tiene de las culturas itálicas y que ya puso de manifiesto en libros como *Rome and the Western Greeks, 350 BC – AD 200. Conquest and Acculturation in Southern Italy* (London, Routledge, 1993) o *Roman Italy 338 BC to AD 200. A sourcebook* (London, Routledge, 1996), además de en multitud de artículos de investigación. Dicho enfoque, que es especialmente perceptible en los dos primeros apartados del libro –de los cuatro que lo componen–, que están dedicados al origen de la ciudad (Part I: Early Italy and the foundation of Rome) y a su evolución hasta finales del siglo V a.C. (Part II: War, politics and society: Rome and Italy, 600-400), no oscurece, sin embargo, el debate y reflexión sobre el desarrollo institucional de la ciudad, sino que, por el contrario, lo combina de forma equilibrada y enriquecedora.

El enfoque comparativo de los primeros dos apartados arroja, de este modo, la siguiente imagen. Frente a la idea de excepcionalidad desde sus orígenes y de constante ampliación de poder que nos transmiten los autores latinos sobre Roma, esta visión arqueológica comparada muestra una ciudad difícilmente distinguible de las del entorno y participe de las mismas tendencias económicas, sociales y políticas. Como el resto de ciudades laziali y etruscas, Roma, situada en un enclave que había sido habitado de forma esporádica anteriormente, durante la Edad de Bronce, por poblaciones menos estables, entra en una fase protourbana en el siglo VIII a.C. Esta fase protourbana, que se conoce cada vez mejor, muestra una comunidad que ha ganado en estabilidad y unidad, aunque todavía no ha desarrollado un centro urbano que pueda recibir tal nombre y se organiza en base a una estructura gentilicia. Toda la población vive en cabañas de barro y madera, que se localizan en distintas colinas, rodeadas posiblemente todas ellas en origen por murallas, pero que gravitan en torno a un espacio común, el foro (pp. 35-44). Hacia el 700 a.C. la influencia de las colonias griegas a través del comercio es cada vez mayor y la aristocracia romana, como la del resto del Lacio y Etruria, gana en poder económico y adquiere el gusto por el lujo orientalizante. La riqueza de la élite romana, aunque más modesta, se refleja en el desarrollo urbano de la ciudad y en el surgimiento de templos y santuarios construidos en piedra y decorados con un estilo internacional que sitúa a sus promotores entre la aristocracia itálica (pp. 90-95). El fenómeno urbano, que de la mano de los etruscos se extendió hacia Campania y el valle del Po, se produjo de forma paralela a la formación de las colonias griegas en las costas del suroeste de Italia, y contrasta con la Italia oriental y del interior, donde siguió imperando el asentamiento en aldeas en base a unidades familiares.

Cuándo dejó Roma de ser una ciudad más es difícil de aseverar. A este respecto, la autora toma con la debida precaución la grandilocuente tradición literaria sobre la monarquía, pero apunta acertadamente que la segunda mitad del siglo VI a.C. comienza a marcar la diferencia. Así, el primer tratado con Cartago muestra cierto dominio de la ciudad sobre parte del Lacio, sin necesidad de dar credibilidad a una colonización en esta fase (pp. 136-139), y construcciones como la del monumental templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, sin parangón en otras ciudades cercanas, representa un ejercicio de poderío y autoafirmación cívica por parte de los romanos (pp. 143-148). Esta superioridad sufrirá un revés no solo con la expulsión de los Tarquinios y los consiguientes conflictos bélicos, sino también con la recesión y cambio económico del siglo V a.C. que afectó a gran parte de Italia (pp. 154-159). Se trata de un período de ruptura, que la autora prefiere no denominar genéricamente “crisis”, pero que, señala, trajo consigo una importante reconfiguración étnica en Italia. En efecto, se documenta en este momento la formación de nuevos grupos étnicos como

los lucanos o los brucios o, más cerca de Roma, los hérnicos, volscos, ecuos, así como el importante desplazamiento de samnitas y galos (pp. 150-170), todos ellos pueblos cuya evolución podemos conocer, como muestra el libro, a través de la arqueología –más allá de las noticias de la tradición escrita– y cuya actividad condicionará directamente la historia militar y de expansión de la ciudad. En el interior, la autora destaca cómo el siglo viene marcado por el desacuerdo aristocrático –que está en la base tanto de la expulsión de los Tarquinios como del conflicto patricio-plebeyo– y, en estrecha relación, por la experimentación y búsqueda de un nuevo orden político oligárquico y el empobrecimiento y endeudamiento de parte de la población (pp. 182-196).

La segunda mitad del libro abarca cronológicamente desde finales del siglo V a.C. al estallido de la primera guerra púnica en el 264 a.C. Se divide en dos apartados: el primero dedicado a la conquista de Italia (Part III: The Roman conquest of Italy) y el segundo centrado en las consecuencias económicas, sociales y culturales de la nueva posición hegemónica de Roma en la península (Part IV: From city-state to Italian dominance). En estos capítulos la arqueología cede en parte el lugar al discurso historiográfico, que va ganando en consistencia y credibilidad. No obstante, la autora no descuida esta perspectiva y, a la par que expone el desenlace del conflicto patricio-plebeyo con la formación de una nueva aristocracia de mérito o el enfrentamiento con los samnitas, dedica espacio en varios apartados al desarrollo urbano de la ciudad, poco afectado por el saqueo de los galos, y a las formas de conmemoración aristocrática en una visión comparativa con lo que está sucediendo en el resto de Italia (pp. 229-234 y 312-318). De igual modo, la exposición sobre el dominio de la península por parte de Roma, a través de la fundación de ciudades y de una compleja red de alianzas, va acompañada de una reflexión sobre la perspectiva material de la colonización. Esta ha recibido recientemente gran atención desde la arqueología en busca de una visión alternativa al discurso de las fuentes, que presenta estas fundaciones de Roma como copias de la *urbs*, y a la denostada idea de romanización (pp. 274-288). En este sentido, la autora recuerda la conocida pervivencia de las tradiciones locales itálicas hasta bien entrado el siglo II y I a.C., pero también apunta a la importancia del servicio militar compartido por los socios de Roma como una de las vías de convergencia cultural en un momento en el que tanto los romanos como el resto de itálicos se ven cada vez más expuestos a la cultura helenística a partir del siglo III a.C.

Estas son algunas de las líneas principales que el lector podrá encontrar en *The Rise of Rome*. Difícilmente reflejan al completo la profundidad y riqueza de la obra, que cumple con creces su objetivo: presentar una síntesis actualizada, crítica y comprensible de la evolución de Roma en sus primeros siglos de existencia. Por ello, es una lectura altamente recomendada, no solo para alumnos y especialistas en otras áreas, sino para todo aquel que no trabaje directamente con la documentación de esta época y quiera conocer en su complejidad los avances en la investigación sobre el surgimiento y configuración de la Roma republicana. En este sentido, y para que un mayor público hispano-hablante pudiera acceder a la obra, sería muy recomendable que se tradujera al castellano, dado que no existe ninguna publicación reciente que cubra, por temática y cronología, esta parte de la historia de Roma.

Ana Mayorgas Rodríguez
Universidad Complutense
anamayorgas@ucm.es